

gua para convencer a un cónsul adocenado de que la palabra *exergo* se escribe con equis, y no con la letra ce, como él sostenía a brazo partido, reputándome, de paso, de analfabeto. Sin llegar a la venganza tomada por Luis XIV contra Inocencio XII a propósito de la afrenta infligida por los guardias de éste en la persona del marqués de Lavardin, confieso que sentí un placer de dioses cuando apelé al testimonio del diccionario... Otra «cosa vista»: el Agregado Cultural en Buenos Aires que pretendía que *La oración por todos* era de la cosecha de Andrés Bello; trabajo me costó convencerlo de que es tan sólo una versión del famoso poema *La prière pour tous*, de Víctor Hugo. En cierta ocasión me quedé helado cuando en una cena en el Hogar Alvear, ese mismo Agregado Cultural dijo de pronto a un caballero francés que trataba de descorchar una botella de Chateau-Margaux: «Pissez fort, monsieur...» Claro, él quería decir: «Appuyez fort, monsieur...», pero lo cierto es que estuvimos a punto de presenciar un espectáculo nada edificante. Podría multiplicar las anécdotas. Después tenemos la cuestión de intereses: a un señor cualquier le interesa ser Agregado Cultural. Su meta no es promover el intercambio cultural entre países, sino la compra, a bajo precio, de un automóvil, el cual revenderá con pingües ganancias. Igualmente se puede desear ese nombramiento porque queda bien eso de ser Agregado Cultural, o guiado por su santa ignorancia imagina que en tal cargo “no hay nada que hacer” (...) Por otra parte es hartito sabido que cargos como el de Director de Relaciones Culturales del Ministerio de Estado o Bibliotecario del Congreso eran puro relumbrón, y su cometido se confiaba, la mayor parte de las veces, a personas semianalfabetas. En dicho capítulo se podría ubicar, sin mayor esfuerzo, a los Agregados Culturales. Hay ejemplos antológicos. Se cuenta de una cantante cubana que detentó posición tan delicada nada menos que en París. Por lo que se sabe de dicha señora, sus merecimientos culturales se limitaban al bel canto, pero malamente ejecutados, y, por supuesto, a coserse su propia ropa... De más está decir que ni sospechaba la existencia del francés, pero ello no fue óbice: un político la apoyó fuertemente y la cantante se plantó en París para representarnos culturalmente.»

En esos cuatro años, Piñera llevó una vida bastante solitaria, con escasos contactos con el mundo intelectual bonaerense. Fue algo que llamó la atención al que luego sería uno de sus mejores amigos, el escritor José Bianco, a quien vino a conocer en su tercera residencia. Sin embargo, no había permanecido inactivo, y en 1953 Ediciones Siglo Veinte publica su novela *La carne de René*. Entre sus papeles hay un recibo de los Talleres Gráficos Zaragoza, ubicados en la calle Santiago del Estero 1181-B, en el que se certifica haber recibido «de Virgilio Piñera la cantidad de ocho mil setecientos setenta pesos moneda nacional por el total del libro *La carne de René*.» Era, entre todas las novelas de Piñera, la que éste prefería. Sin embargo, pocos compatriotas suyos la conocen, pues nunca se ha publicado en Cuba. Algunas semanas antes de morir, Virgilio la reescribió de principio a fin, y fue esa la versión que publicó en 1985 la editorial española Alfaguara.

Lo primero que hay que decir de *La carne de René* es que resulta una lectura inquietante. Hay en sus páginas una buena dosis de fantasía: desde esa concepción de la carne como «un sacerdocio y hasta una dinastía» que tiene el padre de René, hasta el angustioso y aterrador proceso «carnal» al que es sometido el protagonista. Pero como bien apuntó José Rodríguez Feo al reseñar el libro, cuando creemos ya que la trama ha to-

mado un camino puramente inverosímil, verificamos de súbito «el estremecimiento del horror y el reconocimiento de lo cotidiano (...) Aterrados comprendemos que René es un ser de carne y hueso como el que está leyendo su pasión, su martirio». Gombrowicz figura entre los que comentaron la novela, a la que calificó de «obra visionaria y sombríamente sarcástica donde la carne humana alcanza su apoteosis y crucifixión. La fuerza del planteo, el ademán extremista y dramático del autor, como también ciertos hallazgos psicológicos y formales, dejaban traslucir un arte ambicioso, incisivo y ajeno a los rutinarios compromisos. Dicha novela recurre a veces a la técnica surrealista, y por momentos, cuando el dolor es su materia, alcanza una asombrosa intensidad».

Cuando salió la novela, Virgilio redactó una nota que, presumiblemente, debió ser para leerla en el acto de presentación. Allí anota que *La carne de René* «ha tenido la horrible virtud de dejar maltrecha la carne de Virgilio Piñera, maltrecha y, además, plena de sobresalto, angustia y melancolía (...) Estoy cansado, enfermo, asqueado. He escrito este libro con hilos de mi propia carne: días enteros, meses, en fin, dos años, de manos a la obra, careciendo de lo más elemental, sumergido en la deletérea indiferencia de mis compatriotas, arrastrándome hasta Buenos Aires, viviendo en una pieza y en una promiscuidad estremecedora; llevado por las aguas del destino a trabajar con otros compatriotas no menos odiosos que los dejados allá en Cuba; suplicando, abatiéndome, prosternándome, clamando, disimulando, sofocándome, aquí sonrisas, allí sonrisas, acullá sonrisas, diez metros más lejos sonrisas, haciéndome el tonto con los tontos, el imbécil con los imbéciles. ¿Qué me puede importar nada después de haber atravesado esta selva? ¿El éxito del libro? Me carcajeo ante el éxito de *La carne de René*. ¿Traducido a idioma extranjero? Prosigo con convulsas carcajadas. ¿Dinero? Las carcajadas me ahogan. ¿Las misteriosas señales de gloria *in excelsis Deo* prodigadas por los *happy fews* como diría Stendhal? Carcajadas homéricas. ¿Mi otro yo asegurándome que soy uno de los elegidos? Carcajadas y más carcajadas». Al final, testimonia su agradecimiento a todos los que le acompañaron y ayudaron: «En primer lugar, a Humberto Rodríguez Tomeu, que es un Pitias redivivo de este Daimon, o un Daimon de este Pitias... A Graziella Peyrou, que extendió su brazo hasta La Habana y me depositó en Buenos Aires; a Witoldo Gombrowicz, que me dijo un día ¡Piñera!, y yo me di cuenta que un soplo poderoso me cruzaba el rostro; a Carlos Coldaroli, que extendió el otro brazo para ayudar al brazo de Graziella Peyrou; a Wally Zenner y Carlos Aparicio, que simpatizaron con René, lo prohijaron, le inyectaron sano optimismo; a Amalia Gerla, que ya moribunda llamó un día a Graziella Peyrou para tratar de publicar este libro, pues me veía tan abatido que hasta temía por mi propia existencia; a Julita P. y Luis Centurión, que me aconsejaron sobre los colores de la tapa del libro; al señor Schwarz, de la Editorial Siglo Veinte, que leyó el manuscrito y no me dijo: no nos podemos comprometer... En fin, levanto la copa por todos ellos, y también por ustedes, que han tenido la amabilidad de acompañarse en esta noche de tinieblas.»

Una amistad entrañable

El inicio de la tercera y última estancia de Virgilio Piñera en Buenos Aires coincide con la fundación de la revista *Ciclón*, de la que fue nombrado secretario de redacción.

La dirigía José Rodríguez Feo, quien la creó después de su ruptura con Lezama Lima y su retirada de *Orígenes*, de la que era codirector.

Virgilio se ocupó, desde Buenos Aires, de conseguir colaboraciones de escritores argentinos para *Ciclón*. La revista se benefició con sus relaciones en el ambiente literario de Argentina, y gracias a su gestión personal aparecieron allí originales de Borges, Sábato y muchos otros. Asimismo envió una buena cantidad de poemas, cuentos y artículos propios. Entre esas páginas, está su excelente ensayo sobre el poeta cubano Emilio Ballagas, un texto insólito en la crítica literaria nacional. Virgilio analiza la obra de su compatriota y amigo a partir de su condición de homosexual educado según los principios de la religión cristiana. Desde las primeras líneas expone con osadía el punto de vista adoptado por él: «No veo en razón de qué sacrosantas leyes tengo yo que hablar de un Ballagas que ya no sería Ballagas, sino su envilecida mistificación. No veo por qué tengo yo que envilecerme y prostituir mi pluma ocultando más y más en sus trazos la verdadera personalidad de este poeta. Si yo fui su amigo del alma por diez años, si es cierto que su muerte me dejó sin resuello, si ella me echó a correr como un loco por las calles de París (allí un amigo me reveló esa muerte) y si yo también me sentí muerto, entonces pregunto, si uno ama, si día a día se vio la convulsa faz del amigo y si él me confió sus tormentos, ¿cómo podría yo emblanquecerlo con “fango” de amigo hasta hacerle perder su cara y darle esa otra de lechero de una inmortalidad acomodaticia?» Su atrevido y original análisis contrasta con la actitud gazmoña y puritana que la crítica cubana sigue manteniendo respecto a esa ineludible faceta de Ballagas. En *Ciclón* Virgilio publicó también la pieza *Los siervos*, un feroz alegato contra el comunismo. Años después, en un diálogo imaginario con Sartre, fue desautorizada por su autor. Incluso escribió un comentario sobre la película *Carmen Jones*, de Otto Preminger, una de las contadas ocasiones en que se acercó al cine.

Fue al año siguiente de su llegada a Buenos Aires cuando Piñera conoció a José Bianco. Sin embargo, no creo que el autor de *Sombras suele vestir* recordase entonces una carta de María Zambrano, fechada en La Habana, el 24 de abril de 1941, en la cual la célebre escritora española se permitía «la libertad de enviarle a usted para *Sur*, el adjunto original de Virgilio Piñera. Se trata de uno de los jóvenes de mayor interés intelectual y literario de Cuba y de todos los países de América que he visitado. Es poeta y ha publicado en varias revistas y especialmente en *Espuela de Plata*, que supongo será conocida de usted. Me tomo esta libertad porque creo que *Sur* está demostrando contar con lo que más vale de todo en estos países americanos y porque, según ya le he dicho, es la revista que sigue la mejor tradición del espíritu». No se conserva la respuesta de Bianco, pero el hecho de que el texto de Virgilio nunca fuera publicado en *Sur* es una evidencia de que su opinión no fue favorable.

Bianco, por su parte, dejó sus recuerdos de aquel primer encuentro: «Una tarde de abril de 1956 Piñera se presentó en la redacción de *Sur* donde yo trabajaba por entonces. Al verlo entrar con un sobretodo de pelo de camello, bufanda, guantes y anteojos de cristales azules, lo creí recién llegado de Cuba, preparado a desafiar el otoño apacible de Buenos Aires con una indumentaria propia de Shakleton. Luego de cambiar con él unas pocas palabras, me enteré de que vivía en Buenos Aires con algunas inte-